

Dos libros de José Luis Cano

José Luis Cano es un hombre de letras, no sólo versificador inagotable y «empresario» de inquietas, y largas, andaduras culturales, como podrían ser la colección de poesía *Adonais* y la revista *Insula*, sino, y ello tiene especial importancia, ocupado de cuanto sucede y ha sucedido a su alrededor en el terreno de la literatura en los últimos 50 años, pero entroncando estos sucesos en los ámbitos sociales y políticos de esta España tantas veces amarga y disparatada. De ahí vienen por ejemplo sus artículos y notas sobre la relación que a lo largo de los años ha mantenido con personas tan interesantes como el inmortal Vicente Aleixandre, sus críticas de libros, y, luego, su intensa labor poética.

Una y otra de estas parcelas de su actuación se han visto plasmadas en dos libros que son modelo de buen hacer y que han de quedar como muestra de lo mejor de su género. De su relación con Aleixandre, aquí están *Los cuadernos de Velintonia*, verdadero diario no sólo de las conversaciones con el maestro, sino de aquellos acontecimientos de una época y unos sucesos que el tiempo va tamizando pero que nos son ofrecidos desde la reflexión de un poeta indagador de los hechos que rodeaban su existencia física y su posición de hombre de letras en momentos en que la cultura parecía algo prohibido o, al menos, mal visto en los ambientes oficiales. Como tercera edición que acoge los versos de José Luis Cano aparece en junio de 1986 un tomo con el título *Poesías Completas (1942-1984)* que, según indica el propio autor, «reproduce íntegro el texto de las anteriores, pero añade una modesta novedad, lo que podría llamar una coda crepuscular de mi obra poética: unos pocos poemas —treinta y seis en total— que he ido escribiendo en los últimos y anteúltimos años: poemas de amor y de amistad, y algunos sobre la vejez y el deterioro de la aventura, ya luenga, de mi existencia».

Creo que ambos libros son un excepcional recorrido por la propia historia de la literatura de nuestro país y, desde luego, una magnífica aportación al conocimiento de la andadura poética y humana de dos grandes poetas, Aleixandre y Cano, además de su valor como documentos para el futuro estudio de unos ambientes culturales aún poco diseccionados pese a su cercanía en el tiempo.

***Los cuadernos de Velintonia*, apuntes sobre lo divino y lo humano**

Los apuntes que contiene este libro van, aunque no día a día, desde luego, desde el 10 de enero de 1951 hasta el 17 de marzo de 1984 y José Luis Cano lo subtitula «Conversaciones con Vicente Aleixandre», aunque no se trate sólo de esto, sino, más bien, de un acercamiento al mundo exterior e interior del maestro pero coleccionando, al tiempo, aquellos hechos cercanos, en la literatura y en la vida política y social, que tenían interés para el desarrollo de la relación fraterna que ambos poetas mantenían, insertando en esta diaria observación a otros protagonistas como los miembros de la Academia o los asistentes a las tertulias de los cafés Lyon y Gijón o la de *Insula* en los bajos de la calle del Carmen y las conferencias y reuniones del Ateneo madrileño, así como las deliberaciones para concesión de premios literarios, los cócteles en el Ritz o los encuentros en la propia casa de Cano o en los dominios baleares de Cela. Todo esto, y más, nos traen *Los cuadernos de Velintonia*.¹

Diríase que el libro transcurre por los senderos de una biografía informal, ya que Cano, buen biógrafo de Antonio Machado y García Lorca, va dejando las notas precisas para comprender toda la vida del llamado solitario de Velintonia, quien, por cierto, se lamentaba de que el alcalde madrileño quisiera dar su nombre a esta calle. «Prefiero que pongan mi nombre a otra calle de la ciudad, aunque sea de barrio, y que ésta siga llamándose Velintonia.» Así aparecen sus amores, como una permanente que implica

¹ José Luis Cano, *Los cuadernos de Velintonia*. Seix Barral (Biblioteca Breve). Madrid, 1986; 285 págs., 975 ptas.

no sólo la vida sino toda la poesía del poeta y sus recuerdos, intensos de la relación y, sobre todo, primeros encuentros con otros poetas, sus opiniones sobre la relación y su lucha constante, pacífica pero enérgica, contra la dictadura franquista desde la holgada posición de ser un intelectual respetado e independiente. Respecto al amor dice Cano: «A veces he llegado a dudar de si realmente el amor ha sido tan importante para Aleixandre como la poesía. Seguro que él se indignaría si me oyese expresar esa duda. Cuántas veces no me ha dicho, recordando momentos de celos terribles, que hubiera dado toda su poesía por sentirse plenamente amado. Ello no me hace olvidar, sin embargo, que la poesía es el centro de su vida, y que sin ella no podría vivir. Por supuesto, Vicente no ha ignorado nunca la importancia que la poesía tiene en su existencia, el papel espiritual que ejerce en su vida amorosa. Sin ese poder poético, propagador, quizá no hubiese tenido algunos de sus amores. Creo que muy pocos sabrán tanto del amor como Vicente: de sus movimientos y reacciones, de su capacidad destructora —“La destrucción o el amor” —». «Sí de algo sé en esta vida —suele decirme—, es del amor.» Tal vez por ello manteníanse fijos en el recuerdo los momentos pasados con sus amantes, reflexionando de continuo sobre la relación larga con Eva Seifert. «Han sido amantes durante cuarenta años, pero ahora confiesa que ya no hay amor sino un cariño tierno. Cuando se enamoró de Carmen de Granada —su primera gran pasión— le confesó a Eva ese amor, porque sabía que Eva aceptaría resignada esa pasión, con tal de que su relación con él continuase». En torno a las mujeres que amó aparece una especial ternura al ser objeto de recuerdo para el poeta. Parece como si de vez en cuando Cano alentara estas emociones que se ven continuadas por reflexiones lúcidas sobre los sentimientos y la existencia humana. Así, al hablar de Margarita, amante a quien conoció en 1920 y que moriría en 1965 refiere Aleixandre: «La vida es cruel, y es terrible ver desaparecer a los seres que quisimos y alegraron nuestra existencia. Margarita era un alma clara, abierta y entusiasta de todo. Pasó por la vida dando alegría y felicidad. Mientras yo viva la recordaré siempre». Igualmente resuena su ternura hacia otras mujeres, aunque no fueran sus amantes, como al hablar de Delia del Carril, la amante de Neruda a la que éste abandonó por Margarita, pese a haber sido «su gran pasión de muchos años».

Quien tuviera de Vicente Aleixandre la imagen de un hombre débil, acobardado por su mala salud de hierro, advertirá en estas páginas que, por el contrario, se trataba de un hombre enérgico en sus actitudes y en su relación con el mundo exterior. Bien es cierto que muchas veces esta permanente noticia de su carácter enfermizo le servía por ejemplo para negarse a colaborar con *ABC*: «No daré nunca nada a ese periódico que sostiene al Régimen y que representa la derecha más reaccionaria», decía el 29-III-71, o eludir compromisos oficiales no deseados, como cuando los librerías de Barcelona le ofrecieron un homenaje y Aleixandre no acudió para evitar ser fotografiado junto a Robles Piquer. No obstante en los últimos tiempos en que su salud ya parecía más quebrantada de lo normal, las confidencias a Cano rondaban la desesperación: «Estoy ya tan acostumbrado al dolor, tan instalado en él día tras día, año tras año, que si en algún momento tengo la suerte de no sentirlo, me parece un milagro, como si mi cuerpo de pronto quedara flotando ingrávito en el aire. Si no me encontrara tan decaído y machacado, quizá pudiera escribir un nuevo libro cuyo tema sería el dolor físico, del que tantas veces te hablo cuando nos vemos». Sin embargo, incluso en estos momentos

su preocupación se hacía extensiva al estado de salud de su hermana Conchita, con quien vivió toda su vida. «Yo siempre he dicho que deseo irme antes que ella, no quiero sobrevivirla, sería horrible para mí. —Decía el poeta el 30-I-82.— Cada vez me siento más pesimista en cuanto a su salud y la mía. Pienso cada vez más en la muerte, y en que hubiera preferido no nacer.» José Luis Cano me comentaba el día 8-X-86 en la tertulia de *Insula*: «Ayer noche murió Conchita». Pero pese a esto, decíamos, la actividad de Aleixandre, aun sin salir de Velintonia, era asombrosa. Ocupado por los sucesos tanto de España como del extranjero, prestando su apoyo a causas justas o desoyendo las llamadas de quienes no profesaban su actitud liberal y progresista ante la sociedad, se advirtió siempre en él un deseo de ver llegar a España la democracia, para lo que apoyó con su firma todo tipo de manifiestos y protestas contra un Régimen que negaba las libertades más esenciales, teniendo calificados a los esbirros que mantenían aquel estado de cosas y luchando, con sus influencias y tenacidad de intelectual, por situar en cada sitio a los hombres que no se doblegaban ante un Estado avasallador o una Iglesia ingerente. El 24-II-57 con motivo de los problemas de *Insula* exclamaba: «En este régimen me siendo aherrojado y humillado, y cada vez que hay una nueva canallada mi indignación crece». La impresión que le causan las ejecuciones de septiembre de 1975, dos meses antes de la muerte del dictador, le hacen comentar: «Lo triste es que mientras los jóvenes saben que van a presenciar más tarde o más temprano el final del “bunker” y el comienzo de otra etapa que ojalá sea la democracia, para mí, dada mi edad, esa posibilidad de vivir el cambio es dudosa, y es muy poco seguro que yo pueda realizar mi ilusión de vivir los últimos años de mi vida en una España democrática y libre». Sin embargo, contradiciendo su pensamiento, la muerte de Franco le facilitó asistir al proceso democrático, obtener el Premio Nobel en una España ya casi libre de represiones y violencias, e incluso votar a los socialistas pese a temer entonces la imposición de «mayores impuestos». «No siento ninguna simpatía por la UCD, y menos por Fraga, cuyas faenas como ministro en la época franquista no podemos olvidar.»

Su cariño a Miraflores de la Sierra, puesto de manifiesto, según dice Cano, en el *Epistolario* recientemente publicado por Alianza Tres, ocupa en este libro bastantes páginas, sobre todo al llegar el verano y nacer la expectativa del traslado. Así dice Cano el 28-VIII-61: «Visito a Vicente en Miraflores, como todos los veranos. Nos sentamos en la terraza, desde donde se contempla, al fondo, un puro paisaje castellano, el mismo que el poeta ha llevado con frecuencia a sus poemas, sobre todo a los del libro *En un vasto dominio*, que acaba de terminar, uno de cuyos poemas, “El pueblo está en la ladera”, es una evocación de Miraflores». Esta pasión por la Sierra, que tan benéfica influencia tuvo siempre en su salud, le compensaba por la tranquilidad que le reportaba para su cuerpo y su espíritu y el amor y orgullo con que las gentes de Miraflores acudían a su casa y sentían al tenerle por vecino. Unos meses después de su muerte, el Ayuntamiento de Miraflores le hizo un homenaje colocando una lápida que recoge sus versos bajo «el árbol grande», como siempre lo llamó el poeta.

Frente al mundo cerrado de Velintonia, siempre existía una puerta abierta para los amigos, desde las fogosas visitas de Miguel Hernández, Neruda, García Lorca, Alberti o Celaya hasta la llegada de los jóvenes como Colinas, Bousoño, Luis Antonio de Villena, Gimferrer, etc. y siempre el remanso de Dámaso Alonso, compañero de la Acade-

mía y hombre viajero y de diversos quehaceres literarios. Este libro es testigo de esas visitas, de la relación con hombres de letras que no pasaban por Madrid sin acudir a saludar al maestro y también de las opiniones que le merecían personas difíciles como Juan Ramón Jiménez, Cernuda, Arrabal, de cambiantes estados de ánimo o de interesadas opiniones ante el poeta. Llegan también las noticias del exterior y el desarrollo de la vida social, a cada una de las cuales va dando acogida y opinando de acuerdo con su posición y preferencias, como cuando se trata de elegir nuevos miembros de la Academia y se pone en guardia ante los candidatos de *ABC* o los escritores conservadores, frente a quienes él considera personas más progresistas y renovadoras de la lengua, o cuando se emociona ante las circunstancias que rodean a sus amigos, manteniendo la estimación de éstos durante años y años, como el grupo juvenil que formaban el poeta, Sainz Rodríguez, Román Ríaza, Morales Oliver y el penalista José Antón Oneca y su luego vecino Cayetano Alcázar. El paso del tiempo es implacable y los propios acontecimientos van diciéndonos qué es lo que sucede al otro lado del jardín. Alexandre se va replegando y es Cano quien le lleva noticias del exterior, a diferencia de momentos pasados en que juntos visitaban a otros escritores o acudían a las tertulias, como la «visita emocionada» a Baroja en su lecho de muerte el 24-X-56 o la que ambos hacen a Azorín.

La muerte de Ortega, por ejemplo, supone una verdadera conmoción. Sin embargo la de Carrero en vez de crear traumas en Velintonia arranca a Alexandre la confesión de «Que no ha sentido nada la desaparición de Carrero, aunque él es contrario a los atentados y crímenes políticos, del lado que sean», y comenta «Carrero ha sido una figura nefasta, en gran parte culpable del inmovilismo integrista del Régimen durante muchos años. Era el “no” tajante a todo progreso hacia caminos de libertad». Sin embargo, otras muertes son acogidas con distinto sentimiento, como las de Juan Ramón, de Luis Felipe Vivanco, de Ridruejo o de Altolaguirre. Aparece en este sentido Alexandre como un hombre preocupado por su entorno, no ya tanto mediatizado por la idea de la muerte, como por la trascendencia que este hecho tenga para los demás y para su propia existencia. Aunque, hombre vitalista al fin, apuesta siempre por la vida. De ahí su interés en mantener estrecha relación con Gimferrer, atender los comentarios de Leopoldo de Luis o ver el desenvolvimiento poético del hijo de éste, Jorge Urrutia, aunque muertes como la de Neruda, tal vez por el momento en que tuvo lugar para su patria, le producen una honda impresión.

A *Los cuadernos de Velintonia* tendrán que acudir necesariamente quienes quieran bucear en la vida y en la obra de Vicente Alexandre, porque aquí están treinta y tantos años de su vida, relatados de forma magistral y configurando un documento de útil conocimiento para saber cómo y por qué tuvo lugar una existencia tan larga y fecunda para las letras hispánicas y, también, pueden sustituir de manera eficiente esas memorias que todo hombre importante suele escribir, a veces bajo el estímulo crematístico, y que suelen ser testigo parlante de su tiempo y su circunstancia. En este caso, José Luis Cano se ha limitado a contar una relación humana y a saber implicarla en los hechos literarios y de todo tipo que nos dan la visión de un intelectual y una época dignos de tener en cuenta, tal vez porque los acontecimientos que circulan por estas páginas sean tan importantes para la propia historia de España que su falta de

conocimiento podrían llevarnos a tiempos de ingrato recuerdo. En este sentido, el valor de Cano como cronista estriba en haber coleccionado estos hechos y estos diálogos y mostrarlos ahora como legado para un tiempo más libre y lleno de futuro.

Poesías Completas (1942-1984): Los versos de José Luis Cano

En la introducción a este libro dice precisamente Vicente Aleixandre: «Cuando veo a José Luis Cano, en su traje de la ciudad, en una habitación donde la luz se desmiente entre paredes que la cuadrículan, pienso en el andaluz que se crió con pies desnudos sobre las arenas vívidas de la costa». Pronto veremos cómo esta crianza a orillas del mar ha influido en la poesía de Cano.

Poesías Completas (1942-1984),² va a reunir el trabajo poético de Cano casi hasta hoy y lo hace de forma ordenada y sistemática. Los «Sonetos de la Bahía» reúne versos de 1940-1942 y de ellos decía Dámaso Alonso: «Sobre la luz dorada de la bahía, qué bella se desnuda la delicada, la difícil adolescencia del verbo». Sucede que Cano nació el 28-XI-1911 en Algeciras, y para él aquella bahía es su propia cuna, su propio encuentro con la infinitud y con el misterio de la vida. Así dice:

Doliente vas y enamorada, oh luna,
por este mar cautivo, ahogadamente,
evocando un amor, un sueño, una
vaga melancolía sin oriente.

Los atardeceres, la playa, la arena son vehículos para derramar todo el amor del poeta; surgen nuevos paisajes, la luna les transforma, y existe una pasión dulce y arisca por un trozo de mar o una alondra volando «sobre el desnudo azul de la bahía», y ello se va configurando con imágenes nítidas de amores sosegados, de paisajes tranquilos, de versos bien medidos, rotundos, repletos de vehemencia, cálidos y oportunos. El poeta acude aquí al formalismo y nos deja una historia del mar que nunca le abandona y que rebosa sensaciones, trozos de amor que se hacen libro.

Voz de la muerte contiene versos de 1940-1944, dedicados a María Teresa, repletos de la violencia verbal que tan negra figura nos refleja, y, sin embargo, Cano nos los ofrece con una comedida lentitud, como si quisiera indicarnos que hemos de leerlos repensando cada palabra y sintiendo en nuestra propia carne la desazón de tal augurio fatal. Así, en el homenaje a Bécquer que titula «Elegía a unas manos muertas», dice:

Esas aves calladas ya no ignoran
la muerte que es venida.
¿No veis cómo repasan raudamente
la tarde sorprendida?

Todo tiene una especie de voz interior, de susurro, que nos acerca a los linderos de lo desconocido, tratando de enfrentarnos no a la muerte, sino a un mundo de paisajes

² José Luis Cano, *Poesías Completas (1942-1984)*. Plaza & Janés (*Selecciones de Poesía Española*). Barcelona, 1986; 200 págs., 750 ptas.

diferentes y de prolongadas ausencias, como si se tratara de conocer otros abismos y de convivir desde ahora con tan fatales designios. Versos libres de muy bella factura musical y de acertadas intenciones elegíacas.

Las alas perseguidas (1940-1945) contiene versos aún de juventud, voces alborotadas ante un paisaje o ante el nacimiento de un amor, alegrías inquietas frente a alguna violencia, resentido vigor ante quien ya no existe. La mayoría son versos libres, musicales y amplios, con bella sonoridad y escogido lenguaje, pero también alterna con varios sonetos, de delicada configuración, como el dedicado a Miguel Hernández:

Cuando estaba en tu vida esperanzado
por verte y ser tu amigo y conocerte,
vino esa madrugada y esa muerte
y ese grito de amor desesperado.

Otoño en Málaga y otros poemas (1949-1954) que el poeta dedica a su hija Teresa nos ofrece versos donde el otoño todo lo magnifica, al tiempo que hace posible el amor y la contemplación tranquila de una calle, de unos labios, de un cielo con sus pájaros vagabundos. Versos de un lírico entusiasmo donde aparece un halo de eternidad embargando las cosas, cerrando los silencios, insertando a los hombres en esa libertad que les da la aventura:

Poca cosa es lo que hace falta a veces para sentir la dicha:
una luz, una flor, una brisa, una mano en la nuestra,
o esta tarde que parece de carne, de suavísimo nacar,
tarde entregada para un mirar lentísimo,
para despacio entrarla, como un sueño, en el alma,
para besarla pura, inmaterial, celeste.

Los versos siguientes tienen una independencia temática. Son «Cuatro sonetos a mi hija Teresa» y «A mi soledad», los primeros de una alta emotividad, como si cuanto existiera al otro lado de la hija, del ser querido, no tuviera ningún valor, no estuviera, como si el hombre se hiciera plenitud ante esa «maravilla de luz o rosa ardida» que todo lo puede, que todo lo anula, que es capaz de borrar las quimeras de dolor o huir de la tristeza; la carne se hace carne y la sensatez se vuelve locura y frenesí ante el sobresalto de un llanto o la «niñez dormida». El siguiente poema es una reflexión del poeta ante su propia soledad, en el que inquiere por su presente gracias al abandono anterior.

Con una dedicatoria «Al recuerdo de Emilio Prados, que me enseñó a amar las playas malagueñas» nacieron los versos de *Luz del tiempo* (1961-1962), como canto a la belleza, creadora de armonías imperecederas, y al mar que todo lo purifica y lo transforma, creador de luz y de amplias libertades, acaso imaginadas en la mente aún pura del poeta. Una polvareda musical queda al paso de los versos y un rumor de voces encadenan los silencios habidos tras la contemplación y la inquietud del tiempo pregonado:

... Contempla, pues, y vive
esta belleza sola, puro sueño en el tiempo,
lento olvido lejano de un dios que así perdura.

Los llamados «Poemas crepusculares» son evocaciones reposadas de otro tiempo, de otras compañías, de aquella lejanía del mar haciéndose dulzura en los momentos de

la incertidumbre o de la insatisfacción: es el hombre surcando paisajes que ahora quedan lejos pero que ayudan a seguir, a descubrir aún un mundo largo en que habitar silencios: «El territorio de la nada es a veces el más inesperado».

Los *Poemas para Susana* son un triunfo del amor, de la pasión más sincera, a modo de historia vivaz que recorre el corazón del poeta en la seguridad de que cuanto suceda permanecerá aún después de las miradas. Versos que no quieren nunca ser nostálgicos, por la presencia que del ser amado van dejando en la piel del poeta tras haber transformado su propia identidad, su ignota soledad y su nueva melancolía de ser maduro hollando como niño las primeras esencias de lo desconocido que tiene todo amor. Se nos transmite cierta candidez del hombre ante la figura de la mujer a la que espera y esos versos van dibujando un ser perfecto que reinará después de haber existido; sólo después, tras la última prosa poética, la amada emprende el vuelo y es el amante quien ya se siente muerto.

Retratos y evocaciones cierra el libro con once bellos poemas en los que aparece la amistad más pura, el dolor más certero o el más hondo afecto al dirigir los versos a Aleixandre, a Jorge Guillén, a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego, a Ridruejo, Blas de Otero, Claudio Rodríguez, Gloria Fuertes, José Menese o a Marco, nieto del poeta. Es un verdadero recorrido por la vida, por la eternidad y por la primera luz, implicando a sus protagonistas en los laberintos de la existencia y en la sonoridad del olvido o el bullicio de la creación. Pero si de Gerardo Diego dice: «Iba soñando despierto, / presuroso en su vagar», para su nieto pide:

Quiera el amor guardarle con sus alas doradas
y en él descanse siempre de su combate diario.

Manuel Quiroga Clérigo

Las muchas huellas de Faulkner*

Al mirar con ojos de lince el panorama de la narrativa de nuestra postguerra civil, María Elena Bravo observa que durante casi un cuarto de siglo apenas se percibe en España la presencia de W. Faulkner, bien porque sea un escritor de difícil lectura, bien

* *María Elena Bravo, Faulkner en España. Ediciones Península, Barcelona, 1985.*